



LOS
eufemismos

—
ANA NEGRI

ANTÍLOPE



Esta novela fue escrita, en parte, con el apoyo del
Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la
Cultura y las Artes.

Los eufemismos

México, primera edición, marzo 2021

Los eufemismos © Ana Negri 2020

D.R. © 2021

Ediciones Antílope s. de R.L. de C.V.

Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,

Miguel Hidalgo, 11850, Ciudad de México, México

www.edicionesantilope.com

D.R. © 2021

Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V.

Avenida Patriotismo 165, Escandón II Sección,

Miguel Hidalgo, 11800, Ciudad de México, México

En coedición con Bookmate Limited

2 Carmody Street Business Park,

Ennis, Condado de Clare, Irlanda

Encuentra el libro digital en www.bookmate.com

@bookmate_esp

FORMACIÓN

www.taller-se.com

DISEÑO DE PORTADA: Priscila Vanneuville

IMAGEN DE PORTADA: Intervención a un mapa creado en 1944 por Howard Fisk, para el Army Core of Engineers de Estados Unidos, registrando las fluctuaciones del curso del Río Mississippi a lo largo del tiempo y el espacio.

CORRECCIÓN DE ESTILO

Jimena Maralda y Renata Riebeling

ISBN Almadía Ediciones: 978-607-8764-07-5

ISBN Ediciones Antílope: En proceso de tramitación

Impreso en México

ANTÍLOPE



LOS
eufemismos

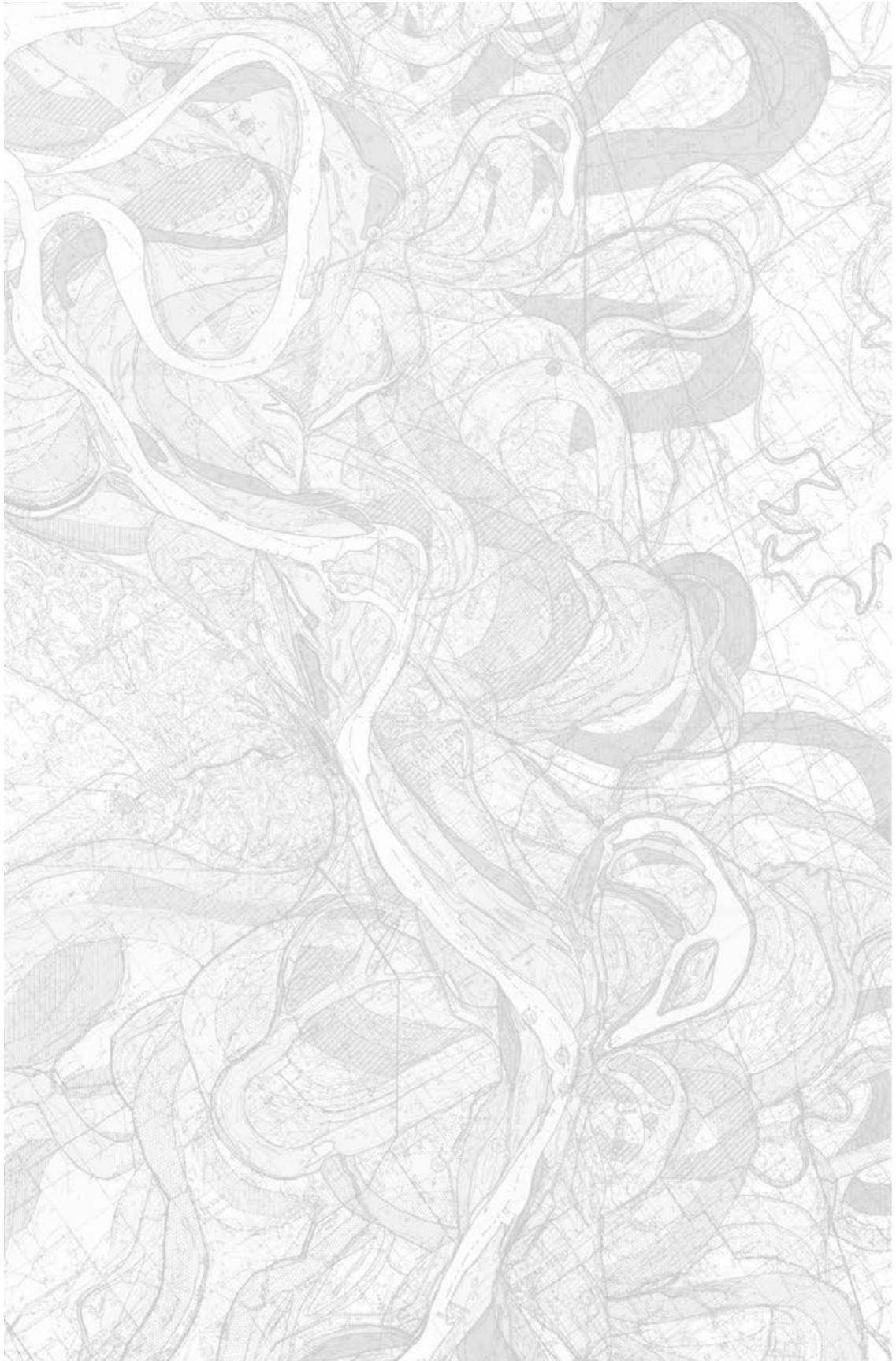
—
ANA NEGRI



Para mamá

Un *no*, a causa de ese *no* todo se desencadena.
He de contar en orden este desorden. Contar
desordenadamente este extraño orden de
cosas.
A medida que *no* vaya sucediendo.

ALEJANDRA PIZARNIK



Todo cae

Con medio cuerpo hacia afuera y los antebrazos apoyados sobre el barandal, Clara mira desde el balcón. El mismo balcón del séptimo piso de Ávila Camacho 21 en el que hace treinta años su madre la bañaba en una tina de plástico azul los días de calor. En aquel entonces no había sido construido ese horrible edificio de oficinas que pusieron justo frente a su departamento y podía verse, en todas direcciones, la ciudad todavía verde y gris. Ahora, en cambio, lo primero que se ve son las más de cuarenta ventanas entintadas que separan a más de cien oficinistas de las corrientes de aire, del vacío y de Clara, que mira desde su balcón hacia la derecha, donde todavía alcanza a ver el horizonte, ya sólo gris, de la Ciudad de México. Desde ahí escucha el constante sonido de motores que cruzan por las avenidas cercanas. El sol aún cae casi en vertical, calentando las azoteas de cemento, reflejándose en los techos de lámina a esta hora del día. Clara mira hacia abajo, sus manos cuelgan por fuera del barandal. Por hacer algo, arranca una hoja del enorme helecho que resiste junto a ella la luz de la tarde; la soba entre el índice y el pulgar de la mano derecha hasta hacerla una bolita y la deja caer sin intención. Su mirada traza una línea imaginaria por donde cayó la hoja. A los costados de esa línea, cuelgan sus manos. Gira apenas la muñeca izquierda para ver mejor el reloj negro y dorado que acaba de regalarle su madre. “Es un buen reloj, es Chanel. Es viejo, pero como mamá siempre ha tenido buen gusto y prefiere

formas sencillas, siempre será elegante”, le dijo su madre al dárselo. Odia cuando su madre habla de sí misma en tercera persona, como insertándose en su cabeza para sembrar desde ahí adentro la respuesta pavloviana al estímulo. No lee la hora: son casi cuarto para las siete, “siete menos cuarto”, diría Clara.

El sol ya ha comenzado a insistir, una vez más, en explicar cuál es el poniente y por qué se llama así *poniéndose* por Santa Fe, donde se ve, desde el balcón en el que Clara se apoya, el “edificio del pantalón”. Antes se veían las Torres de Mixcoac, donde vivía su tío Luis. Ahora no se ven porque las tapa el segundo piso del Periférico y, de cualquier modo, las torres ya no le importan. Dejaron de interesarle cuando las visitó por última vez, a los siete años.

“El rengo se mató por boludo, acá lo tenía todo, pero no se bancó su historia”, contestó su papá llorando cuando Clara le preguntó, por enésima vez, dónde estaba su tío y por qué se llevaban sus cosas. Entonces todavía no entendía que Luis no era su tío exactamente; tenía mamá y papá, los abuelos eran una voz al teléfono con acento familiar y una tarjeta cursi que llegaba puntualmente el día de su cumpleaños: no se hablaba más de ellos. Las hermanas de su madre eran una larga lista de nombres a memorizar; en cambio, tenía una cantidad incomprensible de tíos que en nada se parecían a ella o a sus padres, muchos de los cuales ni hablaban como ellos ni habían pisado nunca Argentina. Esas relaciones, entendería después de golpe — como casi siempre—, no respondían a líneas de filiación, sino a vínculos que sus papás establecían para remplazar la familia que perdieron al irse. Pero también, quién quita — como se dice en México—, para comprometer afectivamente a estos nuevos conocidos y que no fueran capaces de largar —como dicen en Argentina— en caso de

que los obligaran a hacerlo. Luis era de los poquísimos tíos que sus padres conocían desde antes de salir de Argentina y que habían llegado a México poco antes o poco después que ellos. Otros habían salido exiliados por las mismas fechas, pero habían regresado a Buenos Aires “antes de tiempo” y Clara no los conoció.

Vuelve a mirar el reloj. No tiene números ni marcas para indicar las horas, sólo dos manecillas que trazan un mismo círculo a distinta velocidad. “Es tan elegante”, piensa, “que sólo sugiere la hora”.

—¿Cómo vas, ma? —pregunta Clara con la mirada vuelta hacia dentro del departamento en un tono fuerte que no usa habitualmente. No hay respuesta. O tal vez la hubo, pero afuera ya es hora pico y los siete pisos de elevación del balcón no alcanzan para silenciar el sonido de motores al que ahora cada tanto se suman los cláxones, el silbato de un policía tras alterar los tiempos del semáforo, la sirena de una ambulancia, una patrulla.

—¡No se puede vivir con este puto ruido!

—¿Qué decís, hija?

—Digo —responde mientras cierra la puerta del balcón desde adentro del departamento— que este ruido de mierda me vuelve loca.

Su madre ha abierto la puerta del baño, con lo cual libera una ola de bestias salvajes de vapor que huye en estampida hacia afuera, acarreando entre las volátiles patas una voz carrasposa:

—Sí, la verdad es para enloquecer a cualquiera.

La luz amarilla del baño se estrella contra el muro de la pared de enfrente enfatizando esa penumbra de media tarde que a Clara le resulta tan familiar. Cuando era chica,